

Andrés BARCALA MUÑOZ, *Biblioteca Antijudaica de los escritores eclesiásticos hispanos*. Volumen I: *Siglos IV-V*.— Madrid: Aben Ezra Ediciones, 2003.— 317 págs.

De entrada me gustaría subrayar que el asunto del libro reseñado no es banal. Menos aún en estos momentos en que las religiones vuelven a cobrar protagonismo en la sociedad por su estrecha vinculación con determinadas culturas o civilizaciones. La polémica judeo-cristiana se remonta a los orígenes mismos de las dos religiones, cuando empezaron a configurarse las dos identidades, la del judaísmo normativo y la del cristianismo naciente. Y el historiador se pregunta cómo es posible que el cristianismo, que dio sus primeros pasos como una secta del judaísmo y aceptando las mismas Escrituras que éste, terminase por convertirse en una nueva religión y enfrentarse tan duramente con él. Son conocidas las polémicas dentro del cristianismo primitivo sobre si se aceptaba o no el así llamado Antiguo Testamento, una vez que las memorias de Jesús de Nazaret se pusieron en circulación. Pero triunfó la corriente que aceptó la Biblia judía como parte de la Biblia cristiana, y comenzó a leerse aquella en clave distinta, como anuncio o promesa del llamado Nuevo Testamento. A judíos y cristianos, pues, no les dividieron los diferentes textos sagrados, sino la hermenéutica que unos y otros hicieron de las mismas Escrituras. De esta forma

el cristianismo entroncaba con una religión de venerable antigüedad, la del pueblo de Israel, y se interpretaba a sí mismo como heredero de ese legado, como *verdadero* Israel. Las consecuencias de esta inflexión y la polémica que generó llegan hasta nuestros días.

El contexto y los rasgos más salientes de esta controversia han sido objeto de numerosos estudios, entre otros los de A. Blumenkranz, J. Parkes y M. Simon. Más recientemente H. Schreckenberg ha analizado los textos y tratados *adversus Judaeos* de los siglos I al XIII. Pero nadie había centrado su objetivo en los autores hispanos. Andrés Barcala proyecta editar la colección de textos antijudíos en los escritores hispanos hasta el siglo XI. El volumen que comentamos es el primer fruto de este proyecto y abarca a los autores de los siglos IV y V, dado que no se encuentran testimonios de esta polémica en la Península Ibérica con anterioridad a estas fechas. El libro se divide en dos partes: la primera está dedicada al contexto de la polémica, y en ella se abordan los temas que constituyen los principales ejes del debate, a saber, el de las versiones de los textos bíblicos, las relaciones entre el Antiguo y Nuevo Testamento, la exégesis alegórica y tipológica y, finalmente, los distintos géneros literarios de estos escritos y los principales temas de la discusión. Toda esta cadena de argumentos se había ido forjando ya en los tres primeros siglos de nuestra era, comenzando

por los escritos del Nuevo Testamento. En una segunda parte se da paso a los autores hispanos –desde los más antiguos como el Concilio de Elvira en torno al 306, hasta el tratado *Altercatio Ecclesiae et Synagogae* del siglo V– y se cede la palabra a los textos. Al introducir la *Altercatio Barcala* se extiende sobre todo en torno a una serie de *quaestiones disputatae* –los problemas de atribución, cronología y procedencia– y sobre el enorme influjo que tuvo esta disputa en las expresiones artísticas y en la literatura de controversia de la Edad Media. Los textos me parecen la mejor contribución para el diálogo del lector con los distintos autores, todos están traducidos según versiones castellanas autorizadas o, en su defecto, son traducidos por el autor de esta monografía. Cada escritor eclesiástico va acompañado de una breve introducción que lo sitúa en su época, sigue un repertorio de los principales textos antijudíos en cuerpo de letra menor, y al final se añaden las ediciones y una bibliografía selectiva. Termina el volumen con un índice de citas bíblicas y patrísticas, un índice de materias y un índice selectivo de nombres.

El libro está bien escrito, y hay que destacar el esfuerzo por sintetizar con claridad asuntos extremadamente complejos. El bagaje de escritos y autores recogidos es enorme, y el autor se mueve con soltura por el intrincado campo del cristianismo primitivo y de su variopinta documentación: actas de concilios, homilías, tratados apologeticos, comentarios bíblicos, etc., sin olvidar la abundante bibliografía en diversas lenguas modernas.

No tiene sentido entrar en una discusión más profunda sobre los numerosos temas de gran calado que rondan esta monografía, temas que por sí solos merecerían nuevos estudios. Tan sólo quiero sugerir algunas observaciones sobre el capítulo de las versiones de los textos bíblicos. La traducción de Septuaginta fue hecha progresivamente desde el s. III a. C. (Pentateuco) hasta el s. I d. C. (Eclesiastés y Cantar de los Cantares). Todo el tema de la fiabilidad de la traducción (págs. 28-29) hoy hay que revisarlo a la luz de los descubrimientos de Qumrán, en especial de textos, hasta ahora desconocidos, que avalan la traducción griega. Se debería incluir bibliografía más actualizada sobre algunos temas: por ejemplo, la recensión de Hesiquio que menciona Jerónimo no ha conseguido ser identificada en la investigación contemporánea, y el texto luciano o antioqueno de los libros históricos ha sido editado recientemente en Madrid. De la *Vetus Latina* escribió extensamente T. Ayuso Marazuela en relación con las citas de los autores eclesiásticos hispanos. Es más, llegó a postular, en buena parte gracias a estas citas, la hipótesis de una *Vetus latina hispana*. Otros investigadores del CSIC que han recogido su antorcha han editado también importantes textos de *Vetus Latina* en un grupo de manuscritos de biblias Vulgatas españolas. Es muy probable que estos autores hispanos de los siglos IV y V citasen los textos bíblicos según la *Vetus latina*, puesto que la traducción de Jerónimo, conocida más tarde como Vulgata, tardó varios siglos en imponerse en Hispania. Con independencia de la postura que se tome ante la

hipótesis de Ayuso Marazuela, sería oportuno tener en cuenta los nuevos estudios sobre la *Vetus Latina*.

Verdad es que una es la perspectiva de la polémica, donde sobre todo importan los grandes temas del debate, y otra la de los textos. Pero los textos son decisivos, porque los autores griegos y latinos pudieron hacer una lectura distinta de los pasajes polémicos como Génesis 49,2-12 o Isaías 7,14, gracias a la traducción griega que se lo permitía, por haberlos interpretado de forma diferente a como lo hacía el texto hebreo protomasorético. Y no hay que olvidar que la Septuaginta es el texto bíblico seguido por los autores del Nuevo Testamento, por los Padres griegos desde Justino y por los Padres latinos (a través de la *Vetus latina*) hasta bien entrado el siglo V.

Hay otra pregunta que queda en el aire y que me gustaría saber si se confirma cuando el autor examine el material de los próximos volúmenes anunciados. Al parecer, la polémica antijudía es un tópico en el que coinciden sin fisuras los autores antiguos y que pervive como uno de los rasgos más señalados del pensamiento cristiano (pág. 13). Hoy se están ensayando otros modelos distintos al de la polémica para analizar las relaciones de judíos y cristianos en la antigüedad tardía. Hay quien cuestiona este modelo occidental para el cristianismo de Oriente de tradición siríaca, y quien cuestiona incluso que hubiera esta separación radical de las dos religiones. Baste recordar el título de una reciente monografía *The Ways that Never Parted* (editada por A. H. BECKER y A.

Yoshiko REED [Tubinga 2003]). ¿Hay también en los autores hispanos indicios de convergencia y huellas de una interrelación más allá de la retórica de la literatura de controversia?— N. FERNÁNDEZ MARCOS.

Joan FERRER, *Esbozo de historia de la lengua aramea*. *Studia Semitica*, 3.— Córdoba - Barcelona: Universidad de Córdoba, 2004.— 220 págs.

Desde hace tiempo, entre los miembros del equipo que participan en los diversos proyectos subvencionados por el Ministerio de Educación y Ciencia sobre Filología Aramea se percibía la necesidad de confeccionar una síntesis histórica de la lengua aramea, al estilo de otras obras parecidas que se encuentran sobre la lengua hebrea y, especialmente, sobre la dialectología árabe. De hecho, ningún experto en el campo semítico lo había intentado. Ha sido una agradable sorpresa cuando precisamente uno de los miembros del equipo mencionado acaba de publicar, bajo los auspicios de las universidades de Córdoba y Barcelona, un avance muy importante sobre el aspecto diacrónico del arameo.

La obra, como indica claramente el título, no pretende otra cosa que ser una aproximación a lo que debería esperarse de una *Historia amplia y completa* sobre el arameo en sus diversas fases. Sin embargo, cuando uno lee las 220 páginas del libro se percata de que es algo más que un simple esbozo.

El libro está distribuido en nueve capítulos. Su parte introductoria (págs. 29-

86) abarca los tres primeros capítulos, que versan sobre las lenguas semíticas, las del semítico noroccidental, la escritura alfabética cananea con sus variantes paleográficas –ya sea fenicia, hebrea, aramea, etc.–, para terminar esta sección introductoria con una síntesis histórica del pueblo arameo. A partir del capítulo cuarto (págs. 63-86), el autor nos describe cómo esta lengua va abriéndose paso en el mundo asirio-babilónico hasta convertirse en *lingua franca* del imperio persa, y su persistencia y fragmentación a raíz de la invasión del griego y de la cultura helénica en el Próximo Oriente. El momento sin duda más decisivo para la reducción mínima del uso de esta lengua fue la invasión árabe, aunque el arameo ha persistido hasta nuestros días. Sigue la discutida y aún no esclarecida clasificación del grupo lingüístico arameo. El autor expone algunas de las más conocidas opiniones al respecto, dejando al lector su propia elección. Personalmente, J. Ferrer parece inclinarse más bien por la clasificación de Fitzmyer.

El cuerpo de la obra (págs. 87-220) arranca con el estudio de los grandes bloques que forman el proceso diacrónico del arameo. Así, empieza, como es lógico, con el arameo antiguo. Enumera las inscripciones más importantes y expone detalladamente los fenómenos gramaticales más significativos. Igualmente, aunque de forma más prolija, expone la documentación y características lingüísticas del arameo clásico-oficial que, a pesar de sus variantes internas, puede considerarse como prototipo y guía para indicar los elementos diferenciales de los arameos de tiempos anteriores y posteriores a él.

Al abordar el arameo medio, J. Ferrer considera oportuno resaltar algunos aspectos propios de cada grupo (el arameo de Qumrán, el de los targumes oficiales, con la reciente hipótesis de E. M. Cook sobre la posible existencia de un «araméo central»), aportando también algunas indicaciones, sobre todo gráficas, del nabateo, además del palmireno, el de Hatra y el siríaco antiguo, pertenecientes a la zona oriental.

En el arameo tardío, donde la dialectalización es evidente, se distingue de forma clara el arameo occidental del oriental. A pesar de tener el arameo tardío unos elementos comunes que evidencian el cambio con respecto al arameo clásico, contiene a su vez peculiaridades gramaticales y léxicas propias y distintivas que se pueden fácilmente indicar, lo cual no sucede con anteriores arameos. En el occidental distingue el galilaico del samaritano y del sirio-palestinese. En el oriental, la lengua siríaca merece un apartado singular por la amplísima producción literaria de que goza, mucha de la cual todavía permanece inédita. J. Ferrer, autor de una gramática siríaca, puede con gran autoridad ofrecernos una síntesis de esta lengua.

En el arameo tardío, S. A. Kaufman y E. M. Cook creen descubrir un nuevo dialecto arameo mixto, que denominan «araméo literario judío tardío» y al que pertenecería sobre todo el Pseudo-Jonatán con el Targum de Job y los Salmos. El autor se detiene especialmente en las características del Pseudo-Jonatán, que parece ser el texto más significativo de este dialecto mixto. También respecto al dialecto judeo-babilónico J. Ferrer nos

ofrece el resultado de un estudio anteriormente realizado. En cambio, del mandeo, a pesar de tener una abundante literatura, nos da sólo algunos detalles gráficos y gramaticales.

Finalmente, el autor aborda los dos grupos del arameo moderno: los dialectos occidentales del Antilíbano y los dialectos orientales del Kurdistán, indicando algunas de las muchas peculiaridades que tienen estos complejos dialectos bajo el influjo del árabe, el turco, el persa, etc.

Cada apartado de los diferentes grupos lingüísticos arameos termina con una bibliografía actualizada, además de la bibliografía general que se encuentra al principio del trabajo (págs. 17-27).

Como la finalidad de esta obra es trazar unas pautas básicas para la composición de una historia acabada de la lengua aramea, estaría fuera de lugar exigir objetivos que no se han perseguido, como un estudio completo de cada fase del arameo. Ya que comparto con el autor el deseo de que esta obra dé paso a otra más completa, se me antoja sugerir algunas ideas que podrían servir para tal fin.

En primer lugar, en el aspecto estructural, sería preferible emplear exclusivamente la grafía aramea cuadrática. No deja de ser aramea y evita las transcripciones siempre algo cuestionables. Con todo, no puede negarse el esfuerzo informático que ha realizado el autor para presentarnos las diferentes grafías arameas, y que se agradece en gran manera. En cuanto a la vocalización babilónica, se tendría que tener en cuenta la clara distinción entre los textos autén-

ticamente babilónicos, los tiberienses y los yemeníes, con las características propias de cada uno de ellos.

Respecto a la teoría de Kaufman y Cook sobre los targumes oficiales, se debe tener presente que se trata de obras que han sufrido diversas redacciones; a veces, la mezcla de elementos orientales y occidentales puede explicarse muy bien por su proceso redaccional en Palestina y en Babilonia. Lo cual también podría aplicarse en parte al Pseudo-Jonatán y a otros targumes de los hagiógrafos. J. Ferrer, después de exponer la hipótesis de Cook, muy agudamente nos habla del nabateo cercano al arameo clásico, y del palmireno y de Hatra como oriental, puesto que reconoce que la solución resulta todavía lejana.

Cuatro podrían ser, en mi opinión, los pasos fundamentales para llegar a una síntesis cabal sobre la historia de la lengua aramea. El primero sería la recopilación y sistematización de los datos gramaticales y léxicos característicos de cada grupo. Este quehacer lo ha realizado con gran maestría el autor al ofrecernos una visión amplia y perfectamente resumida de cada grupo. Podría completarse el trabajo sobre el arameo clásico con algunas de las pautas que da M. L. FOLMER en su obra *The Aramaic Language in the Achaemenid Period* (Lovaina 1995), extremadamente analítica, y que he intentado sintetizar en mi artículo «Características y variantes lingüísticas del arameo durante el imperio persa de la dinastía aqueménida», *Anuari de Filología* 19-E-6 (1996) págs. 21-33. En cuanto al arameo de los targumes oficiales, creo que puede mantenerse la

hipótesis común de que se trata de un arameo básicamente palestinese con influjos orientales, si sobre todo se tiene en cuenta que el género targúmico no se puede identificar con otros géneros muy diversos, como son las inscripciones nabateas y palmirenas y de Hatra. No digamos ya la diferencia genérica con las cartas de Bar Kokeba. Aunque sin duda tiene el arameo de los targumes oficiales un parentesco más próximo a varios de los documentos arameos de Qumrán.

El segundo paso y el tercero ya nos los sugiere el autor en la metodología que aplica al Targum del Pseudo-Jonatán (págs. 192-198) y que debería extenderse a toda la obra. Ello implicaría un estudio diacrónico para precisar las variantes gramaticales y léxicas más significativas, así como las innovaciones que se han impuesto y las que han sucumbido en cada grupo. En el tercer paso se realizaría un análisis diatópico de las isoglosas más características y presentes en las diferentes variantes para llegar a conclusiones que permitan relacionar los dialectos estudiados en virtud de las coincidencias y divergencias observadas.

Un cuarto paso, que puede compaginarse con los dos anteriores, sería el estudio de los elementos lingüísticos divergentes o convergentes en función de los diferentes géneros literarios. Para llevar a cabo una síntesis lo más completa posible de la Historia de la lengua aramea a partir de este «Esbozo» se impone, tal como desea el autor, una obra de colaboración.

Según este enfoque, el libro de J. Ferrer es un trabajo pionero, pues pretende llenar una laguna que hasta el momento

existía en el terreno de los estudios arameos. Fundamentalmente es un trabajo de recopilación de datos, pues se centra en la clasificación de los diferentes dialectos arameos, presentando los elementos fonológicos, morfológicos y sintácticos más significativos de cada uno de ellos. El autor ha optado por exponer las características propias de cada dialecto de forma resumida, utilizando tablas gramaticales que permiten al lector tener una visión global. Por consiguiente, el libro en su conjunto es novedoso no tanto por los datos que proporciona, sino por el hecho de reunirlos resumidos en un único trabajo monográfico y expuestos con una claridad meridiana.

Gracias a esta obra disponemos de una visión general de las diversas fases evolutivas de la lengua aramea, acompañada de una muy útil bibliografía. Se trata de un trabajo riguroso que se lee con interés y, a pesar de lo especializado del tema, hasta con agrado. No existía hasta el presente un trabajo semejante y, francamente, deja en muy buen lugar al equipo científico que con sus publicaciones ha dado a conocer en el mundo hispano la lengua aramea.

Es una obra indispensable para quien, conocedor de una lengua semítica, quiera profundizar en la lengua aramea, al mismo tiempo que resulta un instrumento muy apto para el estudio del semítico comparado.— J. RIBERA-FLORIT.

Marguerite HARL, *La Bible en Sorbonne ou la revanche d'Erasmus*.— París: Les Éditions du Cerf, 2004.— 364 págs.

Decía Melanchthon que la Escritura no se podía comprender teológicamente

si antes no se había entendido su gramática (*Scriptura non potest intelligi theologice, nisi antea intellecta sit grammaticè*). Pues bien, este lema podría también presidir la monografía que ahora reseño, un libro paradigmático, las memorias de Marguerite Harl, profesora emérita de griego postclásico en la Sorbona, excelente editora de textos de Filón, Clemente de Alejandría y Orígenes, e inspiradora y directora del proyecto de traducción de la Septuaginta al francés titulado *La Bible d'Alexandrie*, del que han aparecido ya once volúmenes en Les Éditions du Cerf. Por el contexto en que le ha tocado vivir, representan también en buena parte las memorias del mundo académico e intelectual francés en la segunda mitad del siglo XX, al menos por lo que respecta a las Humanidades, y más en concreto a los estudios de la antigüedad clásica y oriental.

El título hace referencia a una doble paradoja. Por un lado, es sabido que los maestros escolásticos de la Sorbona se oponían a Erasmo en el s. XVI por la prioridad que éste otorgaba a las fuentes griegas para el estudio de la Biblia, en especial del Nuevo Testamento. Y por otro, la laicidad de la universidad francesa era una realidad bien asentada desde comienzos del s. XX. Así que el mundo académico no parecía el escenario más propicio para albergar un proyecto de traducción de la Biblia griega al francés.

Y sin embargo, Marguerite Harl no sólo fue capaz de reunir en la Sorbona un equipo competente de filólogos bíblicos y traductores de la Septuaginta, sino también de despertar en los estudiantes univer-

sitarios un interés por la Biblia griega y los textos tardíos de los autores cristianos, un área de estudio hasta entonces desconocida en el ámbito académico. Discípula del historiador del cristianismo primitivo en la Sorbona Henri-Iréné Marrou, inició en los años sesenta el estudio de los autores griegos cristianos, que estaban excluidos de los planes de estudio de la filología clásica. El acercamiento a los textos de los Padres de la Iglesia le condujo al estudio del filósofo judío Filón de Alejandría (s. I d. C.); y a partir de éste se remontó hasta los textos bíblicos de la Septuaginta (en su origen, denominación de la traducción del Pentateuco en el s. III a. C.). Como resultado de este itinerario intelectual, inició en los años ochenta la nueva traducción de la Biblia griega al francés, *La Bible d'Alexandrie*. Sorprende en este recorrido cómo la profesora Harl tiene que alterar la cronología en aras de una investigación cada vez más próxima a las fuentes. En efecto, en este proceso la autora toma conciencia de que para avanzar en el estudio de los Padres tiene que retroceder cronológicamente, remontándose primero hasta Filón de Alejandría y después al texto griego de Septuaginta, estrechamente conectado con los originales hebreos. Toma conciencia también de la importancia de la Septuaginta no sólo como traducción –la primera traducción de la Biblia–, sino como obra literaria autónoma de los judíos helenizados, con valor por sí misma: «nous étudions la Septante dans son entier, pour son propre compte, comme une oeuvre au sens plein du terme: chaque livre de la Septante est le travail d'un traducteur qui est en même temps un écrivain, qui ne donne pas une version mécanique, mot à

mot, de son modèle hébreu, mais crée un texte authentiquement grec, même si ce texte décalque souvent le texte hébraïque... Nous avons affaire à un nouveau texte biblique, devenu autonome pour tous ceux qui le lisent comme substitut de l'hébreu, un texte premier, le texte original de la Bible pour les commentateurs qui s'appuient sur lui, Philon ou les Pères grecs qui ne lisent pas l'hébreu» (pág. 163). Y en consecuencia, es la primera que lanza el proyecto de traducción de la Septuaginta a una lengua moderna, el francés, hoy seguida por otros proyectos análogos de traducción de la Biblia griega al inglés, alemán, español, japonés o italiano.

Marguerite Harl cuenta de una manera viva y cautivadora su experiencia docente e investigadora, los influjos recibidos de intelectuales como Pierre Chantraine, Henri de Lubac, Jean Daniélou, André-Jean Festugière, Henri-Charles Puech, Pierre Courcelle, André Dupont-Sommer, Dominique Barthélemy o de su colega en la Sorbona para el estudio de los Padres latinos, Jacques Fontaine, autores todos de enorme resonancia en el ámbito intelectual español de la época. Y justifica su convicción de que se pueden transmitir e interpretar los textos religiosos desde la neutralidad de un acercamiento laico, sin que esto sea en detrimento de su justa comprensión. Porque la filología no es sólo el conjunto de técnicas necesarias para la comprensión y explicación de los textos, «elle est aussi amour des textes, accueil et souci de sympathie pour ceux qui les ont produits» (págs. 8 y 327).

En una primera parte de crónica Marguerite Harl va desgranando las distintas

etapas de su vida académica en la Sorbona y en l'École Pratique des Hautes Études, el desarrollo de sus sucesivos proyectos de investigación y la concatenación de unos con otros. En una segunda parte, en la que prevalecen las reflexiones personales, dedica importantes páginas a la transmisión y recepción de la Biblia griega en los autores del Nuevo Testamento y en los Padres de la Iglesia, al paso de los textos bíblicos de Oriente a Occidente o a temas tan sugerentes como los libros y la vida, o el papel del filólogo en el mundo contemporáneo. No me resisto a transcribir el último párrafo de la monografía en el que la autora nos ofrece su testimonio a flor de piel sobre la función del filólogo en el complejo mundo de nuestro tiempo: «L'ardeur en soi du feu de l'intelligence que se met au travail pour lire les oeuvres du passé, la pratique de l'hospitalité à l'étranger dans l'effort de l'interprétation, tous ces exercices forment notre vie 'intellectuelle'. C'est un mode de vie: à travers les textes, comme dans la vie, nous allons à la rencontre des autres. Mais ce mode de vie vaut surtout parce qu'il se partage. Le trésor de savoir et de sagesse que le travail intellectuel nous apporte et qui nous accompagne au long des années comme un 'viatique', s'accroît quand nous le partageons. J'aime enseigner, j'aime communiquer à d'autres le bonheur de lire et de comprendre. Se mettre au service des témoins du passé ou du lointain a valeur en soi. Interpréter et transmettre les textes, être des passeurs sinon de créateurs, me semble une façon modeste mais sereine d'exercer notre humanité» (pág. 353).

Marguerite Harl está convencida de que la Biblia ha de entrar en el mundo académico y en la historia de la cultura por lo que ha sido durante siglos en Europa: un modelo literario y una fuente de inspiración poética, uno de los principales textos que se abren a la experiencia del mundo en la historia. La Biblia griega o Septuaginta se hizo presente en Occidente a través de la *Vetus Latina*, traducción al latín a partir del griego, vigente durante siglos en el cristianismo occidental, antes de que fuera desplazada por la traducción de Jerónimo (la Vulgata). Esta versión pervive incluso de múltiples formas en la Vulgata, especialmente en los libros llamados deuterocanónicos, que por no estar en la Biblia hebrea no los tradujo Jerónimo, sino que los tomó de la *Vetus Latina*. El valor de la Septuaginta se ha vuelto a descubrir en época reciente gracias a los hallazgos de Qumrán en el Desierto de Judá. Porque la Biblia griega pertenece a la historia de la transmisión del texto bíblico en un momento privilegiado en el que todavía coexistía una pluralidad, antes de que los rabinos fijasen el texto consonántico del que, andando el tiempo, se convertiría en el texto masorético.

No se puede condensar en una reseña todo el aliento e inspiración que transmiten estas páginas, de obligada lectura para todos los que, con mayor o menor fortuna, practicamos el oficio de filólogos, transmisores del saber y del legado histórico a través de los textos, y en concreto para los que nos dedicamos al estudio filológico de la Biblia en sus múltiples dimensiones. Lo considero uno de esos libros que sólo aparecen de tiempo en tiempo, que inciden en nuestro itinerario intelectual y cuyo influjo es dura-

dero. Al seguir el curso de los estudios bíblicos en Francia en la segunda mitad del siglo XX, es inevitable que la mirada y la reflexión se vuelvan con frecuencia al pasado inmediato de nuestro país: la presencia en cuatro universidades españolas (Complutense de Madrid, Barcelona, Granada y Salamanca) de estudios filológicos sobre la Biblia en sus lenguas antiguas. Además, durante tres décadas, desde los años sesenta a los noventa, estuvo vigente la licenciatura en Filología Bíblica Trilingüe en los planes de estudio de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad Pontificia de Salamanca. Un tiempo breve pero fecundo que posibilitó la formación filológica de unas pocas generaciones de biblistas con capacidad para ser «amigos de los textos» y cuidadosos de transmitirlos a las futuras generaciones. Pero esta es otra historia que desborda el marco de una reseña

Quedémonos de momento con el buen sabor de este testimonio vivo y sensible de una filóloga de primer rango que nos habla con una convicción, sinceridad y entusiasmo tales que nos hacen sentirnos orgullosos de nuestra condición de filólogos.— N. FERNÁNDEZ MARCOS.

Emiliano MARTÍNEZ BOROBIO, *Arameo Antiguo. Gramática y textos comentados*. Estudios de Filología Semítica, 4.— Barcelona: Universitat de Barcelona, 2003.— XI + 487 págs.

La tradición española en el ámbito de la pedagogía aplicada a la enseñanza de lenguas semíticas, que se remonta ciertamente casi a los inicios de la misma disciplina, no puede ser calificada de

otra forma que de excelente. Teniendo siempre en mente la magnífica labor de aquellos pioneros y predecesores que sin muchos medios técnicos, pero sí con una gran ilusión, consiguieron elaborar manuales de aprendizaje, equiparables a los de mejor factura disponibles en otras áreas filológicas, resulta de agradecer la paulatina aparición de nuevas obras que mejoran (porque perfeccionar siempre es posible) lo ya hecho, siempre desde el más profundo de los respetos por lo vetusto.

Así es como se presenta la nueva gramática del profesor Emiliano Martínez Borobio (EMB), quien ya ofreciese al público en general una *Gramática del Arameo Antiguo* (Barcelona 1996), y que durante años se ha estado especializando en el estudio filológico y lingüístico (más el primero que el segundo, aunque sin desmerecer la labor teórica que supone la lingüística) de esta importantísima lengua de la antigüedad. Entre la multitud de trabajos que existen en castellano dedicados a la descripción, análisis y comprensión del arameo bíblico y targúmico, la aportación científica de EMB completa el período temporal a lo largo del cual se extiende esta lengua de extraordinaria longevidad, retrotrayéndose a los tiempos de la Biblia y abriendo un nuevo campo de estudios que hasta el momento, a excepción honrosa del propio EMB y unos pocos estudiosos más, se había mantenido lamentablemente virgen.

El arameo antiguo, utilizado durante los siglos X al VII a. C. en los antiguos reinos arameos de Siria, *e.g.*, Hamat, Sam'al, Damasco o Bēt Gūš, ha quedado registrado básicamente en multitud de

textos epigráficos, tales como las inscripciones de Gozán-Sikkán o del reino de Hamat. Expresado claramente por el autor en las primeras líneas de la Introducción (págs. 1-4), que viene precedida de un extensísimo índice de materias (págs. v-xi), y que está seguido de las pertinentes abreviaturas de recurrente y repetido uso (págs. 5-9), el objetivo de este trabajo es «[...] ofrecer a los estudiantes de las lenguas del Próximo Oriente Antiguo un instrumento con el que puedan consultar y entender las inscripciones arameas de los siglos X-VII a.C.». Para ello, ofreciendo una metodología hasta ahora inédita incluso en el panorama internacional, se han preparado dos partes dedicadas a cuestiones absolutamente distintas, pero igualmente complementarias: una teórica (págs. 11-174), que corresponde a la descripción gramatical de la lengua en cuestión, y una práctica (págs. 175-465), donde se ofrecerán diferentes textos no sólo para llevar a cabo el ejercicio de traducir al castellano, sino para comprender al mismo tiempo el contexto histórico y humano durante el cual esta lengua, el antiguo arameo, se constituyó en una herramienta de transmisión y expansión cultural.

La parte encargada de explicar los entresijos de la lengua sigue un clásico esquema descriptivo, disponiendo consecutivamente, a través de diferentes capítulos, la documentación y disponibilidad de material textual (págs. 11-20, con tratamiento también de las evidencias obtenidas gracias a textos periféricos, así como con notas sobre los inicios del arameo oficial, aquel que estará vigente aproximadamente hasta el siglo III a. C.), la escritura (págs. 21-36, con

especial atención a los aspectos paleo-gráfico y ortográfico), fonología (págs. 37-50, recogiendo una interpretación muy conservadora del consonantismo proto-semítico o semítico común, aunque con una claridad sorprendente para explicar términos concretos como asimilación, prótesis o síncope), morfología (págs. 51-118, con las correspondientes secciones dedicadas al pronombre, nombre, verbo y las partículas), morfosintaxis (págs. 119-142, por lógica con idénticas secciones que el capítulo anterior, excepto para el pronombre), sintaxis (págs. 143-160, con apartados para la oración simple y la oración compuesta) y un índice de citas (págs. 161-174), que remiten a las muestras textuales usadas a modo de ejemplos.

Pese a que el arameo antiguo constituye una de las lenguas más útiles para la reconstrucción de la lengua semítica común, o proto-semítico, sólo superado quizás por el ugarítico, el acadio y el eblaíta, EMB ha optado por no dedicar un par de párrafos a la historia diacrónica de la lengua. De hecho, el autor ni siquiera menciona cuáles son el resto de lenguas semíticas, cómo se dividen en un determinado número de grupos, ni qué es lo que caracteriza a cada uno de ellos. En el apartado bibliográfico se cita a S. MOSCATTI, *An Introduction to the Comparative Grammar of the Semitic Languages* (Wiesbaden 1964), que aunque no superado, sí es ciertamente anticuado: publicaciones como las de P. R. BENNET, *Comparative Semitic Linguistics. A Manual* (Winona Lake 1998), o la reedición de otro clásico como E. LIPÍŃSKI, *Semitic Languages. Outline of a Comparative Grammar* (Leuven 2001), han aparecido para subsanar ese vacío

cronológico, por no hablar de diccionarios etimológicos y herramientas adicionales. Si este manual está destinado a alumnos y otros interesados en el aprendizaje del arameo antiguo, una cuestión tan importante como los orígenes y los parentescos genéticos e históricos de la lengua deberían figurar como materia de primer orden. De no ser así, resultan ahogadas y en balde, por un lado, y acertadas y por desgracia confirmadas por otro, las palabras de Federico CORRIENTE quien, con motivo de la publicación de su *Introducción a la gramática comparada del semítico meridional* (Madrid 1996), decía en su prólogo: «[...] no dejaría de complacernos que este esfuerzo sirviera, al menos, para despertar o confirmar en alguno de nuestros compatriotas la vocación de dedicarse a tan exóticos menesteres que nuestra sociedad, en general, y los más de nuestros intelectuales profesionales, consideran superfluos» (pág. 9). Y es que la ausencia de estudios comparativos, no entendido ya como tema para un libro, sino como un simple apartado en las introducciones de gramáticas o diccionarios, continúa siendo una pesada carga que parece no se aliviará en un futuro próximo.

Apuntado este pequeño inconveniente, que no ha de empañar lo hasta ahora comentado, a continuación se pasa a la que, sin duda alguna, es la parte más interesante del libro, reservada al ámbito práctico. A la breve, pero muy completa, presentación histórica de los antiguos Estados Arameos (págs. 175-179), le siguen diecinueve inscripciones, organizadas de tal modo que es casi imposible perder detalle acerca de nada relacionado con ellas. EMB ha optado por

ofrecer una visión individualizada de cada uno de los textos, tratándolos casi como unidades didácticas. El resultado de esto es que antes de entrar de lleno en el análisis gramatical y la traducción, previamente hay una bibliografía especializada, muy extensa en determinados casos, y una introducción, situando el contexto necesario para la total comprensión de la inscripción tratada, la cual aparece a continuación. Junto a éste se presenta la traducción al castellano, los comentarios línea por línea (en su mayoría relacionados con las dificultades gramaticales de la lengua, pero donde es posible encontrar ingente información adicional), y por último una reproducción gráfica para que el texto no quede en el aire como si de una simple transliteración se tratara. Acerca de los comentarios, valga como ejemplo la explicación del término *hdys* y 'Hadad es mi salvación' (pág. 196), donde no sólo la forma del dios *Hadad* está escrita monosilábicamente, es decir, *hd*, pudiéndose así comparar con amorita *Addu* o idéntico ugarítico *hd*, sino que además la raíz *yđ* aparece representada con <s>, en vez de con la habitual <š>, más extendida de acuerdo con el *corpus* del arameo antiguo.

Más allá del mero convite filológico, EMB ha creído oportuno la inclusión final de cuatro láminas, que aunque en cantidad puedan parecer escasas y por consiguiente no muy necesarias u oportunas, lo cierto es que no dejan de aportar información indispensable para el conocimiento de la lengua aramea y de su importancia no sólo a nivel lingüístico. Estas láminas, o reproducciones según el propio autor, recogidas en primer

lugar el óstrakon de Azur o Asr (págs. 466-467), y a continuación sendos mapas, uno del Próximo Oriente, prestando especial atención a las zonas de importancia en relación con el pueblo y la lengua aramea (pág. 468), y otro con los Estados Arameos en Siria (pág. 469). Cierra el volumen el cuerpo de obras citadas, tanto en los prolegómenos de las inscripciones, como en las profusas notas a pie de página que jalonan el libro (págs. 471-487). Igualmente se incluyen las abreviaturas usadas a lo largo del texto, así como una referencia, sin duda acertada, a J. A. FITZMYER y S. A. KAUFMAN (*An Aramaic Bibliography. Part 1. Old, Official and Biblical Aramaic* [Baltimore – Londres 1992]), que no sólo es una obra muy voluminosa, como afirma no falto de razón el propio EMB, sino que además es, o al menos deber ser, un punto de partida obligatorio para todo aquel que desee siquiera asomarse al complejo mundo arameico.

Una nota final, además positiva, está relacionada con el siempre engorroso sistema de transliteración usado para volcar el valor fonético de las grafías arameas (y semíticas en general) a la valencia de las letras latinas. EMB, con muy buen criterio, ha decidido ignorar sistemas propuestos y aplicados al árabe, que por extensión es usado en multitud de ocasiones para idéntica función en lenguas afines, *e.g.*, hebreo, siríaco o el propio arameo, y dotar de una coherencia y lógicas a menudo ausentes en gramáticas de este corte. Una magnífica sinopsis, y de paso también una solución clara, se recoge en el breve estudio de S. ALVARADO, «A vueltas con el problema de la transliteración del árabe» (*Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*

52 [2003] págs. 255-273). Regresando al libro de EMB, aquí es posible encontrar algunas de las conclusiones alcanzadas por Alvarado, aunque se continúa incurriendo, curiosamente, en la incorrecta transliteración del árabe, e.g., ظ <z> por <ḏ>, o, peor aún, ح <j> por <x>. Esto es, sin embargo, *peccata minuta* en comparación con lo realizado por EMB en el resto del libro.

La única conclusión posible que cabe para una obra como esta, compuesta con sumo mimo y gusto, siguiendo un esquema coherente y cuidadoso, y no con otro objetivo que el de formar futuros semitistas especializados en la rama aramea, es la de animar y recomendar sin titubeos la inmediata consulta de la misma, confiando en que la utilización de un manual como este sea del todo provechoso y fructífero.— J. A. ALONSO DE LA FUENTE.

Giancarlo TOLONI, *L'originale del libro di Tobia. Studio filologico-linguistico*. Textos y Estudios «Cardenal Cisneros», 71.— Madrid: CSIC, 2004.— XXVIII + 194 págs.

Tal como lo indica el título, G. Toloni intenta en este trabajo ofrecernos una panorámica respecto a los *testimonia* actualmente conocidos sobre el texto complejo del libro de Tobías, a fin de llegar a la conclusión de la existencia de un probable texto arameo original de Tobías, gracias sobre todo a los descubrimientos de Qumrán.

El libro consta de una Introducción (págs. 1-25), donde el autor expone la problemática actual sobre las fuentes documentales de este libro y el objetivo y método que persigue en la composición de esta obra.

La primera parte (págs. 27-83), cuyo objetivo es descubrir el arquetipo del libro de Tobías, se inicia con el estudio de sus versiones siríacas (págs. 27-61), para concluir que si esta versión en la primera parte del texto (1,1-7,11) se identifica con la recensión griega GI (códices Vaticano y Alejandrino), la segunda parte (7,1-12,22) suele seguir a la GIII (los códices unciales 44, 106 y 107), pero con muchas desviaciones en las que coincide con la recensión griega considerada básica de Tobías, es decir, la GII (código Sinaítico), y que a la vez se encuentran en los fragmentos arameos de Tobías de Qumrán.

Luego Toloni afronta el estudio de las tres recensiones griegas: GI, GII y GIII (págs. 63-83). Al estudiar los semitismos de la GI y GII, más evidentes en el segundo, se hallan semitismos en GI en el campo gramatical y léxico. Toloni sugiere la conclusión de que tanto GI como GII provienen de dos arquetipos semíticos diferentes, y que el texto de GII se aproxima más a los fragmentos arameos de Qumrán y a la traducción de la *Vetus Latina*. En conclusión, el autor opina que la GII, a pesar de tratarse de un texto más largo que la GI, se encuentra más cercana a la *Vorlage* semítica original que la GI. La GIII es considerada por los expertos como posterior a las demás y a manera de compilación de GI y GII.

El objetivo del autor en la segunda parte (págs. 87-149) consiste en precisar qué clase de arameo es el que aparece en los fragmentos qumránicos de Tobías. Para ello expone las diversas clasificaciones que se dan sobre el arameo, con un breve estudio comparativo entre el arameo de Daniel y los fragmentos arameos de Tobías (págs. 87-106). Luego describe con

detalle los estudios de E. M. Cook y de M. Morgenstern sobre el arameo de los fragmentos de Tobías (págs. 107-120). Sigue un análisis comparativo literario y lingüístico entre el Apócrifo del Génesis, el Targum de Job, los fragmentos arameos de Henoc y los mss. arameos de Tobías (págs. 121-149).

La conclusión general de Toloni (págs. 153-157) es evidente: la recensión GI no es una reducción de GII que, por sus semitismos y por la concordancia sobresaliente con los fragmentos de Qumrán, hay que considerarla como la más cercana al *Ur-text* semítico, concretamente arameo. Los fragmentos arameos de Tobías, por su paleografía y paralelismo con el arameo de Daniel, se incluirían dentro del 100 a.C. al 50 d.C. y, por lo tanto, su composición estaría próxima a estas fechas, en las que precisamente se suele situar la redacción de Daniel y el Apócrifo del Génesis de Qumrán. Por lo tanto, el arameo de los fragmentos de Tobías correspondería al de los otros textos arameos de Qumrán y, en definitiva, el texto original de Tobías sería parecido y cercano a dichos fragmentos.

El autor concluye la obra con una extensa bibliografía (págs. 161-181).

El libro de G. Toloni es un trabajo sabiamente elaborado cuyo objetivo está bien logrado: presentar tanto en el aspecto de crítica textual como lingüística el estado actual sobre el origen complejo del texto de Tobías. La exposición es diáfana y convincente. Todo ello no impide, sin embargo, que anotemos algunas apostillas que podrían tenerse en cuenta.

En primer lugar, en cuanto al orden de la exposición de la primera parte, creo que hubiera sido más lógico que el autor empezara abordando el tema de las recensiones

griegas con un cotejo de contenido con los fragmentos de Qumrán, indicando con unos cuadros sinópticos las coincidencias más significativas y tal vez las desviaciones más notorias. Hubiera sido útil, dada la importancia de la *Vetus Latina* en esta cuestión, una precisión más detallada de los elementos coincidentes con GII. Por otra parte, opino que el estudio de las recensiones siríacas y su relación con las griegas resulta un tanto desproporcionado.

En la segunda parte, al tratar del arameo y sus posibles divisiones, uno queda un poco perplejo con la exposición de las diversas clasificaciones del arameo que expone el autor. Parece que éste se adhiere a la clasificación de Fitzmyer, pero por otra parte habla del *araméo judío* que, a mi entender, es una clasificación muy desorientadora, puesto que dentro de este apartado incluye los targumim oficiales junto con los palestinos, que pertenecen claramente a una forma dialectal aramea distinta, incluso el arameo del Talmud babilónico, que es muy distante del arameo de los targumim palestinos; esta división del arameo resulta muy peregrina y merece ser revisada seriamente (pág. 101). En cuanto al método comparativo entre las diversas variantes o dialectos arameos, creo que, en principio, es muy orientadora y de gran utilidad la obra de A. TAL (*The Language of the Targum of the Former Prophets and its Position within the Aramaic Dialects* [Tel Aviv 1975], en hebreo), a pesar de algunas recensiones negativas que ha tenido.

Por otra parte, da la sensación de que el autor no distingue claramente entre la lengua de los targumim oficiales y la de los targumim palestinos (pág. 25). Asimismo, debe considerarse como un *lapsus calami* la afirmación de que la

partícula *yat* pertenece al arameo clásico o imperial (pág. 149).

A pesar de estos detalles, hay que reconocer que la obra de G. Toloni es una aportación definitiva para afrontar la cuestión sobre el texto original de Tobías en su vertiente de crítica textual, al igual que en el aspecto lingüístico del arameo, cuya clasificación resulta siem-

pre difícil. Por estas razones hay que considerar indispensable la lectura de este libro cuando se quiera profundizar sobre el origen textual y lingüístico del libro de Tobías. Asimismo, merece un elogio especial el Consejo Superior de Investigaciones Científicas por subvencionar obras de este calibre.— J. RIBERA-FLORIT.